

ENDUC IV - ÁREA IV – Comisión “Los caminos de la estética. Hacia una noción de “belleza”

La Palabra como don en el misterio de la creación

Los educadores trabajamos con la palabra. Es ésta la que nos une a través del diálogo o nos separa en la discusión; es ésta la que nos permite crear y articular nuestro pensamiento, manifestar u ocultar nuestro “yo”, revelar nuestras creencias, ideas y conocimientos, la que nos ilumina desde un libro o se asoma desde la pantalla de nuestra computadora. Por la palabra convertimos en humano y familiar el mundo que nos rodea. Por la palabra son hechas todas las cosas. En esta comunicación se reflexiona sobre el poder creador de la palabra desde mi experiencia en las dos cátedras, de Gramática y Literatura, en el Instituto de Comunicación de la Universidad Católica Argentina y en la escritura de guiones.

María Teresa Téramo (teramo@uca.edu.ar), Doctora en Ciencias de la Información y Profesora en Letras (UCA), investigadora y profesora del Instituto de Comunicación Social, Pontificia Universidad Católica Argentina.

1. Crear por la palabra

Todos experimentamos a través de la lectura que las palabras hilvanadas en un texto -novelas, cuentos, historias, etc.- nos "recrean" un mundo, con el que podemos experimentar sensaciones y adquirir conocimientos. En este sentido afirma Aristóteles en su *Poética* que la esencia de la poesía -entendiendo por tal toda creación a partir de la palabra humana, recordemos que la ciencia pertenecía a otro orden de cosas experimentables- es MIMESIS, es decir, es representación- (*Poética*, Cap. I, n. 1).

Teniendo en cuenta naturaleza de la obra poética, el mismo filósofo precisaba cuales eran las dos posibles funciones de la literatura: 1) dar conocimiento, al revelar una verdad aunque de manera analógica y 2) la catarsis, es decir, la experimentación de un bien moral liberador. Vemos pues que la palabra, y estamos aun hablando de la palabra humana, es *catártica* y portadora de un conocimiento, una verdad.

En este punto convendría advertir que hay diferentes tipos de verdad pues hay tipos de realidades: hay cosas que no se pueden *demostrar*, sino que solo se *muestran* (hay entes que de suyo son *evidentes* como que el cielo hoy esta azul, esto no lo puedo demostrar pero sí mostrar y de allí su carácter de evidencia). Otras verdades, como que la suma de ángulos interiores de un triangulo es igual a 180 grados según la geometría euclidea, son verdades *demostrables* (imposible de verlas mostrándolas, pero sí de llegar a ellas a través de un procedimiento lógico matemático como en el caso del ejemplo, usando un transportador y sumando, por ejemplo, puedo llegar a esa verdad). Hay otras verdades que no son *mostrables* ni *demostrables*, es decir, que son percibidas por la inteligencia porque se *creen*, por la autoridad de quien me dice que eso es así, es decir la autoridad de alguien que lo vio y me lo cuenta y a quien le creo porque tiene autoridad moral como para creérsele.

Por ultimo, ¿qué clase de verdad nos muestra la literatura? No son verdades demostrables, ni creíbles ni mostrables. Se trata de verdades analógicas. Un libro es algo comprensible precisamente porque tiene un sentido y ese sentido me remite a conceptos, me dice verdades. Sin embargo, se trata de verdades universales que adquieren muchas formas: como el valor que permite conseguir metas altas, el amor mas fuerte que la muerte, el valor de la sinceridad, lo triste que es mentir o engañar al amigo... Temas estos recurrentes en la Literatura. Aristóteles llegó a decir que la *Poética* era superior a la *Historia*, porque me muestra las cosas no como fueron sino como podrían haber sido: “Que por eso la poesía es más filosófica y doctrinal que la Historia; por cuanto la primera considera principalmente las cosas en general; mas la segunda las refiere en particular. Considerar en general las cosas es cuál cosa conviene a un tal decir o hacer, conforme a las circunstancias o a la urgencia

presente; en lo cual pone su mira la poesía, acomodando los hombres a los hechos". (cfr. Poética, Cap. III, n. 7). Se trata de palabras liberadoras e icónicas.

Crear por la palabra, a diferencia de crear por la arcilla, la pintura, los sonidos es diferente. El pintor, por ejemplo toma los colores y en base a una idea dibuja y pinta o el músico de acuerdo con una idea, combina los sonidos con sabiduría de según una escala, tonalidad y ritmo. No se improvisan las cosas creadas. No obstante, el poeta, a diferencia del músico y del pintor, cuando escribe o habla, crea desde sí mismo, no crea a partir de un sonido o un color, sino desde su interioridad, gracias a su inteligencia y voluntad, toma de su sabiduría y deseo de producir de acuerdo a una finalidad que tiene en sí mismo, porque su conocimiento ya es con palabras (No existe pensamiento humano que no sea icónico-conceptual). Uno piensa, razona no solo CON palabras, sino EN palabras (Cfr. Jaime Nubiola, *El Taller de la escritura*, EUNSA, Pamplona, 2005). Por el *Logos*, produce, crea, recrea su texto que puede trascender a una hoja de papel y transformarse en un objeto, adquirir forma de libro o forma de soneto. La palabra humana es superior a los arpegios y escalas y a la *Mona Lisa*.

2. La Palabra de Dios

Dios decide también comunicarse por la palabra e incluso así inspira la Tora y no una sinfonía ni pinta un cuadro. Dios por tanto no es un pintor ni un músico, es un gran Poeta. Dios habla, habla desde lo más íntimo de su interioridad: Padre, Hijo y Espíritu Santo hablan, están hablándonos. Y su palabra no es cualquier palabra es una Palabra con la Autoridad de Padre, la Sabiduría de Hijo y el Amor de Espíritu Santo. Es una palabra, pues, creíble (con autoridad de Padre), una palabra con sentido (con la Sabiduría del Hijo), una palabra amable (con amor de Espíritu Santo). En este sentido, cabe citar a Joseph Ratzinger de *Dios y Mundo*: "(...) Podemos reconocer, por así decirlo, la escritura alfabética de la creación (...) así pues la palabra es realmente lo generador con lo cual la creación es en cierta medida la concreción y despliegue de un documento" (cfr. Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 108).

"En el principio era el Verbo" (San Juan, 1, 1) Parafraseando este versículo, Goethe, en el comienzo de su *Fausto* dice: "FAUSTO: «Escrito está. Al principio era el Verbo.» ¡Aquí me paro ya! ¿Quién me ayudará a seguir adelante? No puedo hacer tan imposiblemente alto valor del Verbo; tendré que traducirlo de otro modo, si el espíritu me ilumina bien. Escrito está: «En el principio era la mente.» Medita bien esta línea, de suerte que tu pluma no se precipite. ¿Es en verdad la mente la que todo lo hace y crea? Debiera decir: «En el principio era la fuerza.» Pero, no obstante, al escribirlo así, algo me advierte que no me quede en ello. Me socorre el espíritu. De pronto veo claro y osadamente escrito: «En el principio era la acción.»(Cfr. *Fausto*, 1ª Parte, Escena III). El principio de la acción reclamado por Fausto es un principio pragmático. Pero, más allá de la acepción romántica, revolucionaria, que pueda tener, no parece alejado esto al pensar de filósofos cristianos como Ratzinger cuando afirma también que el *Logos*, el Verbo, no es solo *Inteligencia* sino *Discurso*. El *Logos*, no es solo una *idea* es una *acción*. La *acción creadora*, por la que Dios hace todas las cosas. Precisamente es el Acto Puro que sustenta como Discurso todo el devenir de la Historia. "El *Logos*, es decir la fuerza que sustenta el sentido, era en el mundo griego y hebreo una de las grandes palabras primigenias siendo importante que el *Logos* no es solamente "idea" sino también "discurso". Dicho de otra manera: este Dios no es solo idea, sino también discurso, acción" (Cfr. Ratzinger, Joseph, opus cit., p. 107).

3. Una creación con sentido

"En el principio existía la Palabra, es decir al mundo le precede el sentido espiritual, o lo que es lo mismo la idea del mundo. El mundo es permitase la expresión la materialización de la idea y del pensamiento primigenio que Dios llevaba dentro de

sí y que se convierte en un espacio histórico entre Dios y su criatura” (cfr. Ratzinger, Joseph, opus cit., p. 107).

Por lo tanto la Creación es la voz de Dios que habla a toda inteligencia que a su vez esta capacitada para escuchar a la creación. El Catecismo de la Iglesia Católica señala al respecto: “Dios habla al hombre a través de la creación visible. El cosmos material se presenta a la inteligencia del hombre para que vea en él las huellas de su Creador. La luz y la noche, el viento y el fuego, el agua y la tierra, el árbol y los frutos hablan de Dios, simbolizan a la vez su grandeza y su proximidad.” (n. 1147).

Volviendo a Aristóteles que afirma que la *Poética* (palabra que deriva de *poieo*: verbo que significa crear -los griegos diferenciaban con tres verbos distintos modos de hacer: *poieo*, *drao*, *pratto*) es MIMESIS; la obra creada es IMAGO DEI, en ella podemos vislumbrar huellas de la Trinidad. Y la IMAGO DEI por excelencia es el hombre, hecho a su imagen y semejanza, en cuanto ser Inteligente y libre, hombre y mujer.

La Palabra de Dios, identificada con su Ser, no solo *muestra*, funda "un mundo", el universo, sino lo *crea*. Así como el Padre engendra al Hijo y entre Padre e Hijo dan identidad de Persona al Espíritu Santo, los tres en su infinito amor y eterna sabiduría nos dan la realidad del universo, un universo que entonces es inteligible y amable.

4. Una creación amable

“Crear significa donar (donar sobre todo la existencia), y *el que dona, ama*. Lo afirma el autor del libro de la Sabiduría cuando exclama: "Amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, pues si tú hubieras odiado alguna cosa, no la hubieras formado" (11, 24); y añade: "A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de la vida" (11, 26)." (Juan Pablo II, Audiencia, 5-III-1986, n. 2). Además, pues, de esa estructura lógica de la creación, fruto de la Sabiduría divina, encontramos una dimensión de amabilidad. Continúa Juan Pablo II: “Cada una de las criaturas no sólo son "*palabras*" del Verbo, con las que el Creador se manifiesta a nuestra inteligencia, sino que son también "*done*s" del Don: llevan en sí la impronta del Espíritu Santo, Espíritu creador. ¿Acaso no se dice ya en los primeros versículos del Génesis: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra (= el universo)... y *el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas*" (Gén 1, 1-2)? La alusión, sugestiva aunque vaga, a la acción del Espíritu en ese primer "principio" del universo, resulta significativa para nosotros que la leemos a la luz de la plena revelación neo-testamentaria.”(n. 7).

5. Don y Perdón

Perdonar es donar acabadamente, perfectamente por tanto es lógico pensar también que el que Per - Dona, sea la Palabra, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, que se encarna para conseguir nuestro Perdón. Lo que por el pecado del hombre, al que todo había sido dado, se vio alterado (además el hombre quebró con la Palabra - recordemos que Dios le pide en cierta medida a Adán y Eva que no coman de un fruto, les pide su palabra) fue necesario recuperar por la Palabra del Hijo. Es la Palabra que Per dona y Restaura entonces la creación. Y si el que Dona al crear, Ama, el que Perdona, Ama más. (De allí lo de *Felix Culpa*). La Creación restaurada en Cristo es Superior a la primera Creación. La *Charitas invicta*, la demostración viviente de la Palabra que Perdona hasta la muerte supera al Amor -habando analógicamente pues en Dios no hay momentos superiores o inferiores- al Amor que Crea.

Vale recordar también que la Palabra no es creada, es Engendrada. Lo que muestra también que la creación no es eterna, pero la intención creadora sí.

6. Qué tipo de palabra es la palabra creadora...

La Palabra creadora es una palabra don, que da el ser a las cosas. ¿Hay otro tipo de palabra en Dios? Sí, la palabra de petición, o sea, la Vocación. Dios llama,

voca al hombre, Dios habla a todos pero no todos escuchan. De allí que, en una primera aproximación a los textos bíblicos, podríamos decir que se dan estas dos palabras en Dios: **la palabra que da y la palabra que pide**. Es decir la palabra de la creación y la palabra de la vocación. Nuestra respuesta afirmativa a la palabra que llama, a la vocación, es una palabra como don. Y parecerían invertirse los papeles ente Creador y criatura. Modelo primero de esto lo tenemos en la Santísima Virgen. Cuando María dice Sí, responde afirmativamente a la palabra que pide, y que le pide en concreto ser Madre de Dios, crea una nueva realidad en ella, transforma toda su vida que la convierte en simple aldeana de Nazareth en nada menos que dar vida a una criatura que es el Verbo. También nosotros con nuestra respuesta afirmativa a la llamada de Dios - a la Palabra que pide, a la Vocación-, creamos en nuestra vida una nueva realidad que ordena la creación a su fin último y por eso también ese Sí llena de alegría y de paz a quienes lo dicen.

Nuestro sí como el sí de la Virgen, al ser un sí libre que envuelve toda nuestra vida, nos compromete en absoluto, es una palabra como don, que viene a crear en nosotros como una segunda naturaleza que nos mueve a obrar todo por Dios, y de esta manera, transforma nuestra obra humana en obra de Dios.

Así pues solo la vocación se entiende en libertad. El hombre y los Ángeles son los únicos llamados porque son los únicos inteligibles que pueden decir que sí a Dios y así transformar su vida.

El educador por su palabra puede hacer descubrir la palabra que pide a cada alumno y la Literatura es un canal adecuado para hacer experimentar a través de la palabra la cercanía con la Palabra.

7. Conclusión

El *Catecismo de la Iglesia Católica* acoge y sintetiza así la enseñanza de la Palabra como don: «La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda creatura» (CEC, n. 703). El Padre crea y renueva todo por medio del Verbo en el Espíritu Santo.

Juan Pablo II lo refuerza: “La creación es obra de Dios uno y trino. El mundo "creado" en el Verbo-Hijo, es "restituido" juntamente con el Hijo al Padre, por medio de ese *Don Increado*, consubstancial a ambos, *que es el Espíritu Santo*. De este modo el mundo es "creado" con ese Amor que es el Espíritu del Padre y del Hijo. Este universo abrazado por el eterno Amor, comienza a existir en el instante elegido por la Trinidad como comienzo del tiempo. De este modo *la creación* del mundo es *obra del Amor*: el universo, don creado, brota del Don Increado, del Amor recíproco del Padre y del Hijo, de la Santísima Trinidad.” (cfr. Juan Pablo II, Audiencia, 5-III-1986, n. 8).

La palabra de Dios es una palabra amable y con sentido que también pide al hombre su respuesta, su palabra. El hombre y la mujer, criaturas preferidas de Dios deben ejercer el dominio de la creación que Dios le ha encomendado como leemos en el *Génesis*, pero el dominio de la creación comienza por el dominio de sí mismos. En esto es fundamental, el dominio de su palabra, en una respuesta amorosa, amable e inteligente a los planes de Dios.

Tener el don de la palabra, ser elocuente, nos compromete a *responder* adecuadamente a esa dignidad que nos ha sido concedida por el Creador. Por eso, el hombre libre y *responsable* –el que *responde* adecuadamente en libertad a la apelación de lo valioso, a la palabra de petición- evita pronunciar palabras vanas, vacías o groseras, y busca recogerse en la Palabra, y en el silencio elocuente de la contemplación de la creación, para que broten de él palabras siempre auténticas y llenas de vida, que son las dichas con amor, aquellas que establecen solidarios vínculos de convivencia entre los seres humanos y entre todas esas palabras, tal vez, la más perfecta y acabada, es la palabra perdón, que nos revela la Caritas invicta con que Cristo –la Palabra- demostró que el amor es más fuerte que la muerte y que lo que realmente salva es el amor invencible.



IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar